

FERNANDO DEL REY REGUILLO: *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, 592 págs.

Hace casi cuatro décadas, Edward Malefakis escribía en el prólogo a la edición española de su clásico estudio sobre la reforma agraria que, aun estando satisfecho de cómo había quedado el libro, «desearía haber aprendido más sobre la dinámica de la protesta campesina». El interrogante abierto por Malefakis contribuyó a consolidar una de las líneas de investigación más fructíferas de la historiografía española. Los investigadores volcados en la historia social y hasta en «subdisciplinas» más especializadas como la historia rural y la ambiental la han tomado como objeto predilecto de estudio, sin que la historia política, sumida en una crisis de identidad durante algunos años, ofreciese respuestas complementarias o, con el enfoque que le es propio, incluso alternativas. Precisamente, fue esa la razón de que la obra de Malefakis perdurara como el producto más acabado que sobre la «cuestión agraria» se había realizado desde el enfoque de la historia política.

Si a ésta se le había achacado insuficiencias y poca profundidad en el análisis a la hora de abordar el conflictivo panorama del campo español durante la década de los treinta, la obra de José Manuel Macarro contribuyó a paliar decisivamente estos defectos. Su «Socialismo, República y revolución en Andalucía (1931-1936)» analiza con rigor el «problema agrario» en la región española donde éste se había hecho más visible, pero para destacar que causalidades puramente políticas estaban detrás no sólo de la conflictividad en el campo andaluz, sino también de las decisiones que se tomaron para redistribuir la propiedad y fortalecer, a costa de los propietarios, el poder adquisitivo y la capacidad reivindicativa de los sindicatos. De todas formas, la obra de Macarro no es solamente una monografía sobre la cuestión agraria. También analiza otros problemas como el impacto de las medidas secularizadoras de los gobiernos republicano-socialistas en la sociedad de entonces, y la protesta y movilización católicas, que se superpusieron a la movilización de propietarios de tierra y arrendatarios; las

disputas interpartidarias para hacerse con el control de los poderes municipal y provincial, íntimamente vinculados con el fortalecimiento de las distintas organizaciones políticas; la polémica cuestión del orden público, introduciendo un sugerente análisis sobre la violencia política y de sus lazos con la progresiva radicalización discursiva; el tibio compromiso con la democracia de los socialistas, enfriado aún más desde su salida del poder en septiembre de 1933 y que desembocó tanto en la huelga campesina del verano de 1934 como en la insurrección de octubre de ese año; la destrucción de la capacidad de reivindicación obrera como consecuencia directa de la táctica de enfrentamiento continuo y violento con los gobiernos del segundo bienio, que acabó desarticulando buena parte del entramado organizativo de la CNT y, sobre todo, de la UGT y del PSOE; y, por último, el deterioro de la situación en los cinco meses previos a la Guerra Civil, periodo en el que se superponen, muy agravados, todos los problemas que el autor nos descubre en los años anteriores. Además de una interpretación nueva y muy sugestiva, Macarro no limita su análisis al plano regional. Andalucía es el contexto que elige para constatar fenómenos, también hipótesis de trabajo, nacionales en cuanto que afectaron, en mayor o menor medida, a toda España. En este sentido, su estudio es una remozada y atractiva historia general de la Segunda República mucho más que un libro de historia regional.

Puede parecer extraño que la recensión de un libro no haga ninguna referencia a éste hasta el párrafo tercero. Si se interpreta como una minusvaloración de la obra por parte del que la reseña, entonces el lector estará cometiendo un grave error. Las dos referencias anteriores, sobre todo la segunda, deben servir para comprender y valorar el gran trabajo realizado por Fernando del Rey, sobre todo por lo mucho que ha hecho avanzar la comprensión de un periodo como la Segunda República, y precisamente desde una perspectiva renovada que refuerza decisivamente el papel que ha adquirido la historia política a la hora de descubrirnos lo que pasó y sus causalidades. Del Rey analiza, actualizando con matices, muchos de los datos e interpretaciones que sostuvo décadas atrás Malefakis sobre los problemas de la estructura agraria española y los generados por las reformas que se introdujeron entre 1931 y 1933. Y lo hace de una forma muy parecida, que no idéntica, a Macarro: acotando un marco territorial concreto, en este caso Ciudad Real, y constatando en éste fenómenos más generales, ligados o no al problema agrario, como la disputa de los espacios institucionales de poder, la movilización de los propietarios agrarios e industriales, la de los socialistas y los católicos, la violencia política y el orden público, etcétera. Precisamente por esto, el estudio de Del Rey tampoco puede considerarse una historia provincial o local. Es una novedosa interpretación de lo que fue la Segunda República vista desde diversos planos: uno nacional (España), otro provincial (Ciudad Real) y otro a «ras de suelo» (La Solana sobre todo, pero también otros municipios de la provincia). Son esos diversos enfoques los que permiten que el lector pueda tener una panorámica completa de la incidencia de las distintas cuestiones abordadas y de la «retroalimentación» continua que existió entre los

diversos contextos, en cuanto que medidas políticas nacionales influyeron decisivamente en la vida de los pueblos pequeños y, al tiempo, los sucesos, las disputas, los problemas que surgían en esas poblaciones incidían en las instituciones nacionales, que respondían de diversa forma dependiendo de quiénes fuesen los agentes políticos que ostentasen las responsabilidades del poder.

Pero además, estos enfoques permiten al lector acceder a una reinterpretación novedosa de la experiencia republicana e, incluso, obtener datos de interés completamente inéditos. Del Rey huye de cualquier tipo de determinismo socioeconómico, pero reconoce a la vez la importancia que tuvo la articulación demográfica y económica del territorio que analiza, a modo de escenario que delimitó la acción de los agentes sociales y políticos en pugna. Ese es el sentido que tiene el primer capítulo, una descripción somera del hábitat en los marcos provincial y local elegidos así como de su estructura económica en la que sobresalía, como era lo común en la España de entonces, las actividades primarias. Por ello, el campo es el escenario principal en el que tendrán lugar las luchas políticas y sociales. Para Del Rey resulta evidente que el angustioso fenómeno del paro, sobre el que giró buena parte de las preocupaciones de todos los gobiernos republicanos y que sería abordado echando mano a soluciones diversas (algunas de ellas muy conflictivas), se produjo como consecuencia de dos factores entrecruzados: el agotamiento del modelo productivo agrario de las comarcas manchegas consecuencia, entre otras, de las restricciones al comercio internacional, combinado con una fuerte presión demográfica sobre el mercado de trabajo. Y es que, a principios de los treinta, la generación de jóvenes numéricamente más imponente de la historia de España se disponía a buscar empleo en un contexto menos favorable que el de la década anterior.

No obstante, lo que el autor constata es que las tensiones y la conflictividad laboral no se produjeron tanto por los efectos directos de la crisis económica como por el brusco encarecimiento de los costos de mano de obra y, aún más importante, por la radical inversión de las relaciones laborales y la pérdida del control del mercado de trabajo por los empleadores, los propietarios agrarios. Así, los jurados mixtos, el laboreo forzoso, los términos municipales... introdujeron severos límites a la libertad que en general habían gozado los propietarios para explotar sus predios, en beneficio de los jornaleros sindicados. Los efectos inmediatos fueron el acortamiento de la jornada laboral, las subidas salariales y la potenciación de las sociedades obreras que en muchos sitios pasaron a controlar las bolsas de trabajo municipales. Los propietarios, sobre todo los más pudientes, también hubieron de pagar contribuciones extraordinarias y afrontar los «alojamientos» de los obreros parados. Los patronos no perdieron del todo su capacidad de negociar y presionar, pero se ésta vio drásticamente recortada sobre todo en comparación con la situación anterior a la República y, en general, palideció al lado del poder adquirido por los sindicatos locales, sobre todo los adheridos a la UGT que gozaban del favor oficial. Pese a que en algunos lugares pudieron llegarse a acuerdos, en muchos otros los patronos se resistían a dar

trabajo, en las condiciones estipuladas, a un número de jornaleros superior a sus necesidades. El resultado fue que el fenómeno del desempleo alcanzó tal magnitud, sobre todo en los meses en que no había cosecha para recoger, que tampoco bastaron los remedios tradicionales arbitrados por las autoridades provinciales y locales (sobre todo las pequeñas obras públicas y la beneficencia) para paliarlo. Del Rey describe cómo el problema del paro se trató de cargar sobre las espaldas de los propietarios, a los que el PSOE culpaba exclusivamente de la situación. La radicalización discursiva de los socialistas, combinada con su falta de interés por hacer un serio análisis de los problemas económicos y actuar en consecuencia, alentó un conflicto que, hasta entonces, había permanecido larvado. Del Rey explica cómo en los primeros meses de 1931 comenzaron a proliferar diversos actos de agresiones a las propiedades al lado de movimientos de protesta regulados (la huelga), que tampoco venían ayunos de violencia verbal y, en ocasiones, también física.

Esta obra es valiosa por cuanto que describe igualmente las diversas formas de resistencia patronal y la cristalización de las primeras grandes organizaciones de propietarios en La Mancha, una de las regiones donde afloró de forma más temprana como consecuencia directa de la inclusión de centenares de terratenientes en los registros de expropiación de la reforma agraria. Pero Del Rey deshace el mito de la supeditación a los intereses de estos últimos de los pequeños y medianos propietarios porque los segundos ya se habían comenzado a movilizar en torno a reivindicaciones específicas que estaban centradas en la derogación de buena parte las reformas laborales implantadas por Largo Caballero. El autor expone con objetividad, reconstruyendo los acontecimientos con diversas fuentes y teniendo en cuenta la visión de los antagonistas, los episodios de violencia a que dio lugar este enfrentamiento, numerosos para una provincia en la que, en un principio, el «problema agrario» no resultaba tan agudo como en las provincias andaluzas y extremeñas. Del Rey también confirma que el cambio político a partir de noviembre de 1933 no dio lugar a una revisión generalizada de las condiciones laborales de los obreros, que ocurrió más bien a partir del último trimestre de 1934 cuando, al igual que en otras provincias, la estrategia de tensión y ruptura de los socialistas con las instituciones deparó el desmantelamiento parcial de las organizaciones sindicales afectas a la UGT. Y describe magistralmente la radical modificación de las relaciones de poder, y sus consecuencias en las comunidades locales, tras la victoria del Frente Popular que llevó aparajeda una agudización de las políticas del primer bienio y el anuncio de medidas aún más radicales para modificar la estructura de la propiedad.

Con ser un aspecto fundamental, la monografía de Fernando del Rey no aborda exclusivamente la cuestión agraria. También trata los intentos del nuevo poder republicano de aminorar la presencia social de la Iglesia, que a nivel provincial y local se tradujo no sólo en el estricto cumplimiento de la legislación religiosa. Más aún, los concejales republicanos y socialistas se esforzaron por disputar desde muy pronto el espacio público a los católicos y para esto habili-

taron métodos variados: desde la modificación de los nombres religiosos de las calles hasta, meses después, la limitación de procesiones, entierros y repiques de campanas. Junto a este anticlericalismo oficial existía otro popular, arraigado en una parte de la población que se estaba socializando políticamente en los partidos de la izquierda republicana y socialista, y que se traducían en amenazas y violencias contra los edificios o actos litúrgicos en la vía pública, concebidos como una demostración de poder de una Iglesia enemiga del nuevo régimen. Los católicos reaccionarían igual que los propietarios. La radical contestación a su antigua preeminencia sirvió de motor para una movilización sin precedentes. El resultado electoral de noviembre de 1933 demostró hasta qué punto tenían arraigo en La Mancha. Pero a la relativa recuperación del espacio público por los católicos, sobre todo a partir de octubre de 1934, seguiría un nuevo periodo de dominio del anticlericalismo radicalizado con posterioridad al triunfo del Frente Popular, que se tradujo en limitaciones mucho más severas a las actividades del clero y de los fieles y, sobre todo, nuevos episodios de violencia que el autor describe con objetividad y minuciosidad.

Merece la pena destacar, entre otros muchos, un último aspecto. Del Rey analiza a fondo el funcionamiento de las instituciones provinciales y municipales, su composición política y las modificaciones que sufrieron. Nos descubre que éstas no vinieron sólo motivadas por las distintas elecciones que se convocaron o de la iniciativa libérrima del gobernador civil, sino también a causa del abandono voluntario de los ediles, presionados por los problemas sociales insolubles en los que se veían envueltos, pero también por las coacciones del público que asistía a los plenos. En el caso de La Solana, los socialistas, pese a no que alcanzaron durante el primer bienio más de cinco concejales (en un consistorio de diecinueve), se hicieron con el ayuntamiento tras el abandono de sus tareas de los concejales monárquicos y republicanos, desmoralizados y, aún peor, amenazados por los militantes de la Casa del Pueblo. Pero Del Rey también constata hasta qué punto los ayuntamientos se veían influidos por los vaivenes de la política nacional. Los concejales de la oposición volvieron a participar activamente en los plenos sobre todo a partir del primer gobierno Lerroux en septiembre de 1933. Durante el segundo bienio, sobre todo tras el levantamiento de octubre de 1934, varias corporaciones municipales pasaron a manos de los partidos de centro-derecha, mientras que en 1936 la llegada del Frente Popular al poder supuso nuevos cambios. Del Rey aclara que la coalición de izquierdas no restituyó, pese a sus promesas, a los concejales de elección popular como otros autores han escrito, sino que nombró nuevas gestoras con representación exclusiva de los partidos de izquierda. Por otra parte, conviene destacar el concienzudo análisis que esta obra hace de las diferentes elecciones celebradas durante el periodo republicano tanto por la rigurosidad de los datos que aporta, la detallada pero amena descripción de la formación de candidaturas y la campaña, y el agudo análisis de los resultados, aljado de todo determinismo.

La lectura de este libro, de pluma ágil, revela la variedad y riqueza de las fuentes consultadas y su apropiado contraste, que dicen mucho del desapasionamiento y la honestidad con los que el autor aborda una etapa tan polémica. No queremos caer en la costumbre de considerarla como una simple obra de referencia. Por la renovación historiográfica que supone y por el análisis sugerente que ofrece, es mucho más que eso. Si el lector no encuentra impedimento en su extensión, que encontrará justificada, alcanzará a descubrir los porqués de muchas de las dudas que aún hoy se nos agolpan sobre aquellos años convulsos. Y, no cabe duda, es una obra imprescindible para comprender la dinámica de la protesta campesina, aquella que, hace casi cuatro décadas, Malefakis aconsejó conocer más a fondo.

*Roberto Villa*

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid